



La configuración emocional del heroísmo portaliano: un análisis del funeral de Diego Portales desde la historia de las emociones

*The configuration of the portalian emotional heroism:
An analysis of the funeral of Diego Portales from the History of Emotions*

Joaquín Gutiérrez Castro*

Mario Fabregat Peredo**

RESUMEN

Este estudio se adentra en la construcción heroica de Diego Portales, centrando su atención en el asesinato del ministro en 1837 y cómo este evento catalizó la formación de un relato emocional y narrativo. Utilizando el periódico *El Araucano* como fuente primaria, se investiga cómo el gobierno manipuló las emociones y tópicos en la prensa para instaurar un régimen emocional. Asimismo, se examina el papel de las ceremonias fúnebres y las exequias públicas de Portales, destacando cómo estos eventos actuaron como un escenario para la representación de las emociones y narrativas oficiales, consolidando así la memoria portaliana en el imaginario colectivo chileno.

Palabras clave: Diego Portales, emociones, régimen emocional, héroes, memoria, funerales.

*Candidato a Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de la Frontera, Magíster y Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile, correo electrónico: jegutiec@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7638-896X>. ANID-Subdirección de Capital Humano/Doctorado Nacional/2023/Folio(21231107).

** Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de La Frontera, Temuco, Chile, correo electrónico: mario.fabregat@ufrontera.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2369-2869>. Se agradece financiamiento por la Universidad de La Frontera del Proyecto DI23-0054 del que soy Investigador Responsable.

ABSTRACT

This study delves into the heroic construction of Diego Portales, focusing its attention on the assassination of the minister in 1837 and how this event catalyzed the formation of an emotional and narrative story. Using the newspaper *El Araucano* as a primary source, it investigates how the government manipulated emotions and topics in the press to establish an emotional regime. Likewise, the role of Portales' funeral ceremonies and public obsequies is examined, highlighting how these events acted as a stage for the representation of official emotions and narratives, thus consolidating the Portalian memory in the Chilean collective imagination.

Keywords: Diego Portales, emotion, emotional regime, heroes, memory, funerals.

Recibido: septiembre de 2023

Aceptado: diciembre de 2024

Introducción

Mucha tinta ha corrido en la historiografía chilena cuando se trata del ministro Diego Portales. Su vida y obra han sido retratadas en numerosos libros y artículos, tanto para alabarlo como para criticarlo. Pero, por más que tratemos de escapar de su influencia, volver la mirada e intentar comprenderlo siempre es necesario. Dentro del fértil mundo de los estudios dedicados a Portales, existe un área poco estudiada, pero que creemos es la más relevante si deseamos comprender la verdadera influencia del ministro en la historia política chilena: su construcción heroica. A grandes rasgos, esta literatura ha buscado dar cuenta de los principales autores del mito portaliano y su evolución en el tiempo. Para el caso de nuestro sujeto de estudio, la primera investigación al respecto fue *Portales: una falsificación histórica* de Sergio Villalobos¹, la cual ha sido seguida por autores como Gabriel Salazar², Gonzalo Arenas Hödar, Rodrigo Karmy y Guillermo Elgueda, quienes han logrado demostrar que la construcción de la figura de Portales ha sido un esfuerzo seguido principalmente por historiadores asociados al mundo conservador, quienes han actualizado su memoria en función de la necesidad de legitimar ciertos proyectos políticos autoritarios, sobre la base de que se está salvando al país de la anarquía y el desorden.

Pese a todos estos avances en los estudios sobre Portales, pocos trabajos han intentado ir más allá de la discusión respecto de si debe ser considerado un tirano o un salvador. Incluso, aquellos que han centrado su mirada en la construcción de su memoria y de su mitología han caído en este problema. Por ejemplo, en el libro *La memoria portaliana* de Gonzalo Arenas Hödar³, se observa un claro sesgo en favor de Portales, mientras que, en *El fantasma portaliano*,

¹ Sergio Villalobos, *Portales. Una falsificación histórica (4ta. Ed.)* (Santiago: Editorial Universitaria, 2005).

² Gabriel Salazar, *Diego Portales. Monopolista, sedicioso, demovedor (Juicio ciudadano a un anti-demócrata)* (Santiago: Editorial USACH, 2010).

³ Gonzalo Arenas Hödar, *La memoria portaliana* (Santiago: Historia Chilena, 2017).

Rodrigo Karmy⁴, al tiempo que intenta dar cuenta de cómo fue construido el relato portaliano por los historiadores conservadores, igualmente cayó en la misma trampa que Sergio Villalobos y Gabriel Salazar: la de intentar demostrar que Portales no es digno de ser un modelo político democrático. Quien ha hecho un esfuerzo por salir de este tipo de miradas ha sido Guillermo Elgueta, quien en sus publicaciones ha logrado dar cuenta de la construcción heroica de Portales a inicios del siglo XX, en relación con el proyecto político asociado a la constitución de 1925⁵. De igual modo, y más recientemente, Javier Sadarangani, publicó una excelente investigación sobre Diego Portales realizada desde la perspectiva y metodología de la historia de las emociones, con el objetivo de “reconocer”, “caracterizar” y “analizar” la dimensión emocional del personaje a partir de una revisión epistolar, entre los años 1821 y 1837. Desde las aproximadamente 600 cartas analizadas, el autor avanza en una interesante línea historiográfica que reconstruye la intimidad del hombre público, identificando 35 expresiones emocionales, utilizando como principal criterio de selección la propuesta de Peter y Carol Stearns, que diferencia entre experiencia emocional (sentir) y la expresión emocional (manifestar ese sentir)⁶. Según Sadarangani, Portales representa a un sujeto moderno contradictorio, que se bate entre la emocionalidad y la racionalidad, y que, más allá de su propia subjetividad, representaría las expresiones emocionales históricas predominantes a comienzos del siglo XIX⁷.

La tradición historiográfica en la que se inscribe el trabajo de Sadarangani es relativamente nueva en Chile. Los primeros estudios sistemáticos realizados a partir de la Historia de las Emociones es probable encontrarlos, según la historiadora chilena María Eugenia Albornoz, la década de 1990, en Eduardo Cavieres, Nicolás Corvalán Pino, Igor Goicovic Donoso y René Salinas, los que versan en torno a la vida matrimonial afectiva durante los siglos XVIII y XIX, y que han sido estudiados para llevar a cabo nuevos estudios historiográficos, como el desarrollado por Albornoz quien, el año 2016, publicó uno de los más sólidos trabajos chilenos en base a las temáticas afectivas y a partir de la metodología de la Historia de las Emociones⁸.

⁴ Rodrigo Karmy Bolton, *El fantasma portaliano. Arte de gobierno y república de los cuerpos* (Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera, 2022).

⁵ Guillermo Elgueta Labra, «Crisis y refundación del estado en Chile: disputas sobre la memoria nacional en torno a la figura heroica de Diego Portales (1912-1925)», en *Seminario Simon Collier 2015*, José Araneda Riquelme, et al. (Santiago: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica, 2016): 81-112; Guillermo Elgueta Labra, «Portales. La reconfiguración de un orden La élite político-cultural chilena y la legitimación de su cultura política: Del Estado Oligárquico al Estado de Compromiso (1912-1938)» (Tesis para optar al grado de magíster en historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2019).

⁶ Peter Stearns y Carol Stearns, «Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards», *The American Historical Review* 90, nº 4 (1985): 813-836, doi: <https://doi.org/10.1086/ahr/90.4.813>.

⁷ Javier Sadarangani Leiva, «Expresar y practicar emociones. Hacia una dimensión emocional de Diego Portales. Chile, 1821-1937», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* 27, nº 2 (2023): 5-40.

⁸ María Eugenia Albornoz (dir.), *Sentimientos y Justicia. Coordinadas emotivas en la factura de experiencias judiciales. Chile, 1650-1990* (Santiago: Acto Editores, 2016).

A diferencia de Sadarangani, el objetivo de nuestro trabajo es la comprensión de cómo se gestó la memoria portaliana en los momentos inmediatos a su asesinato, durante el Motín de Quillota, en junio de 1837. Es decir, cómo el entorno resignificó emocionalmente a Portales y no cómo el mismo Portales manifestó su emocionalidad. De allí que el personaje no es trabajado historiográficamente desde sus cartas, sino que desde la prensa oficial donde se plasmaron las diversas manifestaciones emotivas hacia su persona. Para ello, hemos tomado algunas de las orientaciones teóricas elaboradas por la Historia de las Emociones, principalmente el concepto de *régimen emocional*, tal como fue acuñado por William M. Reddy, que consideramos apropiado para abordar la emocionalidad colectiva, sin pretender contabilizar e identificar manifestaciones emocionales. Más bien se analizará la construcción de un determinado clima emotivo predominante que buscó consolidar un determinado régimen político. Esto, con el objetivo de demostrar nuestra hipótesis, la cual plantea que, tras la muerte del ministro, el gobierno de Joaquín Prieto construyó un contexto emocional sobre el cual no solo se sostuvo la posterior heroificación de Portales, sino que, también, permitió la legitimización misma del sistema político conservador tras la desaparición de su caudillo. En ese aspecto somos tributarios de lo planteado por Marta Nussbaum, quien considera la inevitable convergencia de la racionalidad y la emocionalidad en la vida política moderna⁹. En definitiva, en este artículo discutimos que no es posible separar la construcción heroica de Diego Portales de un contexto emocional construido por el gobierno de Prieto a través de la prensa oficial, de la celebración de su funeral y de los discursos públicos que se declamaron en él.

También, en cierta medida, este trabajo coloca de relieve la clásica discusión en torno a la construcción de la modernidad bajo los presupuestos ilustrados, que afirman la separación entre razón y emoción¹⁰. El dualismo de la realidad humana concebido por la Ilustración determinó que la condición necesaria para alcanzar el progreso requería, indefectiblemente, del control de las pasiones. Y, el ejercicio de la razón y la templanza, eran las únicas herramientas capaces de domesticar las furias emotivas que amenazaban la estabilidad de la sociedad. Sin embargo, esta pretendida separación razón/emoción en la construcción de la sociedad moderna, como lo demuestra el caso de Portales, es más bien una visión voluntarista que una realidad.

La fabricación heroica desde una perspectiva emocional

La relación entre historia política e historia de las emociones tiene larga data. Ya en su artículo de 1997 *Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions*, William M. Reddy expresó que “el control emocional es el verdadero sitio donde se ejerce el poder: la política es

⁹ Marta Nussbaum, *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* (Barcelona: Paidós, 2014).

¹⁰ Cristina Casado y Ricardo Colomo, «Un breve recorrido por la concepción de las emociones en la Filosofía occidental», *A Parte Rei. Revista de Filosofía*, n.º 47 (2006): 10.

solo un proceso donde se determina quién debe reprimir como ilegítimo, quién debe considerar como valiosos, aquellos sentimientos y deseos que devienen ante ellos en contextos y relaciones dadas”¹². Noción que fue la base de su posterior conceptualización de régimen emocional, el cual es definido como “el conjunto de normas emocionales, rituales y prácticas oficiales y emotives que las expresan y las inculcan y que constituyen el sustento de cualquier régimen político estable”¹³. En definitiva, el poder político se encuentra asociado a la capacidad de regular las emociones de los individuos que componen una sociedad determinada. Esto, no se encuentra alejado del problema de la violencia, especialmente de aquella de carácter institucional ejercida por los Estados con el objetivo de disciplinar la conducta de sus ciudadanos¹⁴.

Pero, es justamente esta relación entre regímenes emocionales y el Estado (moderno) uno de los flancos más criticados, ya que sería inaplicable para épocas y sociedades que no poseen de un aparato estatal centralizado. E incluso en sociedades donde sí lo encontramos, el concepto se vuelve problemático al no ser lo suficientemente flexible para dar cuenta de las variaciones locales en materia emocional dentro de una misma sociedad¹⁵. Bárbara H. Rosenwein intentará solucionar esta problemática al plantear que, en lugar de existir un solo régimen emocional, las sociedades estarían compuestas de múltiples comunidades emocionales, cada una de ellas con su propio conjunto de normas emotivas que controlan y normalizan la emotividad al interior de un grupo humano determinado¹⁶. Sin embargo, se ha planteado que esta última conceptualización “adolece de imprecisión y rigidez”, al no poder “romper la relación unívoca entre el individuo y la comunidad, ni explicar la transición entre estándares emocionales diferentes”¹⁷.

Sin embargo, pese a las críticas mencionadas, tanto la idea de regímenes como de comunidades emocionales pueden ser de gran ayuda para los estudios sobre la construcción de las identidades nacionales y del nacionalismo. Si seguimos la definición de nación acuñada por Anthony D. Smith, esta se entiende como una “comunidad humana auto-definida y auto-nombrada, cuyos miembros han cultivado memorias, mitos, tradiciones y símbolos comunes”.

¹² William M. Reddy, «Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions», *Current Anthropology* 38, nº 3 (1997): 335.

¹³ William M. Reddy, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), 129; Traducción en María Bjerg, «Una genealogía de la historia de las emociones», *Quinto Sol* 23, nº 1 (2019): 9.

¹⁴ Igor Goicovic y Jaqueline Vasallo, «Introducción. Relaciones de poder y violencia en América Latina», en *América Latina: violencia en la historia*, comp. por Igor Goicovic y Jaqueline Vasallo (Valparaíso: América en Movimiento, 2018), 10.

¹⁵ Bjerg, «Una genealogía de la historia de las emociones», 9.

¹⁶ Barbara H. Rosenwein, *Emotional communities in the Early Middle Ages* (Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2006), 25.

¹⁷ Bjerg, «Una genealogía de la historia de las emociones», 10.

Además, el territorio habitado tiene una “significación histórica” que constituye la “patria”, lugar donde se construye y “diseminan una cultura pública distintiva”, se practican “costumbres compartidas” y se establecen “leyes estandarizadas”¹⁸. Con respecto a este sentimiento de identidad y pertenencia, resultan útiles los conceptos relevados por Reddy y Rosenwein en relación con la idea de comunidad étnica, o *etnie*, la cual es definida por el mismo Smith como aquella “comunidad humana que se nombra y define a sí misma, cuyos miembros poseen mitos de ancestros comunes, memorias compartidas, uno o más elementos de culturas comunes, incluidos un vínculo con el territorio, y un grado de solidaridad entre ellos, o al menos, entre los estratos superiores”¹⁹.

Desde esta perspectiva, podemos proponer que un régimen emocional no es otra cosa que la hegemonía de una comunidad emocional por sobre otras. Y, al ser hegemónica, dicha relación de poder está condicionada por la capacidad de liderazgo y de persuasión del grupo gobernante, ya que el dominio sobre los grupos subalternos no es solo imposición, sino que requiere de un consenso entre ambos²⁰.

Tradicionalmente se ha considerado que uno de los medios para lograr este consenso son justamente las emociones. Siguiendo a Benedict Anderson, encontramos que la principal emoción relacionada con la unidad nacional es el amor. Ella permite que los miembros de la comunidad nacional se identifiquen con un territorio y con sus demás miembros²¹. Sin embargo, existe un problema clave con dicha interpretación, debido a que Anderson no se hace cargo del nacimiento de dicho amor, el cual claramente debió de ser creado e impuesto²². Como bien planteó Mark Seymour para el caso italiano, tras la unificación política de la península, en 1861, sus ciudadanos no se imaginaron a sí mismos como miembros de una misma comunidad, ya sea nacional o emocional, de forma inmediata²³, por lo que al considerar que el origen de un régimen emocional, en tanto sustrato de un régimen político, se encuentra en una comunidad que logró una posición política hegemónica sobre las demás comunidades existentes, es pertinente preguntarse por los medios a través de los cuales se logra la dominación emocional.

Junto con lo anterior, Reddy en su definición de régimen emocional nos entrega un elemento clave: el rol del ritual en la transmisión de la normatividad emocional propiciada por un

¹⁸ Anthony D. Smith, *Ethno-Symbolism and nationalism. A cultural approach* (Londres: Routledge, 2009), 27.

¹⁹ Idem.

²⁰ Joseph A. Buttigieg, «The contemporary discourse on civil society: A Gramscian critique», *Boundary 2* 32, nº 1 (2005): 37–38.

²¹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la disfunción del nacionalismo* (México: Fondo Económico de la Cultura, 1993), 200.

²² Nicole Eustace, «Emotions and political change», en *Doing emotions history*, ed. por Susan J. Matt y Peter N. Stearn (Urbana, Chicago y Springfield: University of Illinois Press, 2014), 173.

²³ Mark Seymour, «Emotional arenas: from provincial circus to national courtroom in late nineteenth century Italy», *Rethinking History: The Journal of Theory and Practice* 16, nº 2 (2012): 180.

determinado régimen político²⁴. Como bien se ha planteado en los estudios referidos a los rituales del poder, “todo poder legítimo dirige lo real por medio de lo imaginario y, por tanto, las representaciones del poder no pueden separarse ontológicamente del poder mismo”²⁵. Es mediante el rito que el Estado hace de ese poder representacional una realidad tangible. Por lo que, siguiendo las ideas de Reddy, será en la ritualidad política donde se despliega el régimen emocional, haciéndose visible para la población y es por tanto internalizado. Un medio a través del cual el grupo gobernante moldea la emocionalidad colectiva²⁶.

Otra arista que es posible explorar en conjunto con la del ritual es aquella que estudia la invención de los héroes nacionales, y su rol como símbolos que permiten crear una identidad colectiva común. Desde la historia de las emociones ya Rosenwein propuso un acercamiento al problema del héroe, en tanto su memoria funciona como punto de unión de una comunidad emocional²⁷. Estas figuras simbólicas son el equivalente moderno de las comunidades medievales que se formaron alrededor de ciertos santos²⁸. En este sentido, es posible acercarnos a un régimen emocional mediante los héroes que sustentan su relato, en tanto cumplen el rol de vehículos emocionales, encarnando valores y provocando emociones en quienes son receptores del discurso al que están asociados²⁹.

Portales desde la Historia de las emociones

Hoy le atribuimos una gran relevancia al pensamiento del propio Portales en la configuración política del país tras la batalla de Lircay, en 1830, pero esto es una distorsión histórica provocada por la publicación de su epistolario, en 1936. Es solo desde que tenemos acceso directo a sus cartas que han tomado relevancia nociones como el “peso de la noche”. Por ejemplo, Vicuña Mackenna, uno de los primeros historiadores que tuvo conocimiento de las cartas de Portales, no hace mención alguna a este ideal portaliano que hoy ha devenido como central en el pensamiento político del ministro.

Lo mismo ocurre desde la perspectiva de la historia de las emociones. Su epistolario, rico en *emotives*, no es un verdadero reflejo del régimen emocional que imperó tras su muerte en 1837. Si bien se puede argumentar que en su epistolario encontramos un ejemplo del sentir de la comunidad emocional de la cual Portales formaba parte, es decir, aquella configurada por la elite comercial santiaguina, no es la única vía de acceso a dicha comunidad. Necesitamos de una

²⁴ Reddy, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions...*, 129.

²⁵ Pablo Ortemberg, *Rituales del poder en Lima (1735-1828). De la monarquía a la república* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2016), 20.

²⁶ Reddy, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions...*, 59.

²⁷ Barbara H. Rosenwein, «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in Context* 1, nº 1 (2010): 13.

²⁸ Rosenwein, *Emotional communities in the Early Middle Ages...*, 108-109.

²⁹ Ana Isabel González Manso, «Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos políticos», *Historiografías* 10 (2015): 18-19.

mayor densidad de fuentes para pretender ingresar a la emocionalidad de este grupo. En cambio, en tanto *santo secular*, su figura se transformó en el centro de una nueva comunidad emocional, aquella integrada por sus seguidores y herederos, que hicieron de su memoria el sustento del ideal republicano chileno.

Nuestro uso del término *santo secular* para referirnos a la figura de Portales, el cual fue acuñado por William Sater en su trabajo sobre Arturo Prat, no es antojadiza. Portales, al igual que los santos católicos, logró “encarnar la quintaesencia de las aspiraciones y deseos de una nación y convertirse así no en un símbolo de una época, sino de la eterna búsqueda de la perfección a que tiende el hombre”³⁰. En definitiva, Diego Portales es el arquetipo ideal del hombre político chileno. Y, como sucedió con los santos medievales, se creó una comunidad emocional a su alrededor.

Pero, para que el ministro deviniera en héroe primero debió de existir una *comunidad de culto* que tuviera el propósito de preservar su memoria. Este concepto acuñado por Carlota Casalino se divide en tres tipos de comunidades: la primera conformada por el círculo íntimo del sujeto histórico; la segunda se configura cuando la bandera de la memoria heroica es tomada por sujetos ajenos al héroe, o sea sin vínculos directos con él; finalmente, la tercera toma forma cuando la memoria del héroe es cooptada por el Estado, a través de su institucionalización³¹. En ese sentido, las *comunidades de culto* pueden ser entendidas como *comunidades emocionales* configuradas alrededor de la figura de un héroe.

Lo que hace a Portales un caso interesante de estudio desde esta perspectiva es que es único en Chile, ya que, a diferencia de Bernardo O’Higgins, José Miguel Carrera o Manuel Rodríguez, por dar algunos ejemplos, su memoria fue institucionalizada de forma inmediata a su muerte. Lo que se puede explicar con el hecho que su comunidad de primer nivel poseía el control del Estado. Y esto al mismo tiempo permite comprender que no solo nos encontramos frente a una comunidad emocional, sino que además esta debe ser comprendida además como un *régimen emocional*. Por lo que consideramos que la clave para comprender como el heroísmo portaliano se transformó no solo en comunidad, sino que en régimen se encuentra en la relación que establece Reddy entre rito y normatividad emotiva.

Por lo mismo, la vía para comprender el régimen emocional portaliano, aquel que se configuró a partir de su comunidad de culto y emocional, es el estudio de su rito fundante: el funeral de Diego Portales. En él no solo se desplegaron las emociones normativas que

³⁰ William Frederick Sater, *La imagen heroica en Chile: Arturo Prat, santo secular* (Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2009), 196.

³¹ Carlota Casalino, «Comunidad de culto y construcción del héroe: la rebelión de Tacna y Francisco de Cella, 1811-1911», en *La independencia peruana como representación: historiografía, conmemoración y escultura pública*, ed. por Alex Loayza Pérez (Lima: IEP, 2016), 104-108.

sustentaron al sistema nacido bajo su tutela, sino que también aquellos valores ideales asociados a la figura del ministro, convertido desde ese momento en héroe.

La reacción emocional oficial frente al asesinato de Diego Portales.

Si bien proponemos que es con la muerte de Diego Portales que se comenzó a configurar el nuevo régimen emocional sobre el cual se sostendrán los gobiernos conservadores, es necesario observar que la narrativa política portaliana tuvo sus inicios mientras el ministro aún vivía. Claro ejemplo de esto lo encontramos en el siguiente voto de gracia otorgado por la Cámara de Senadores en su sesión del 31 de agosto de 1832:

Que el Presidente de la República dé las gracias a don Diego Portales a nombre del pueblo chileno, y le presente este decreto como un testimonio de la gratitud nacional, debida al celo, rectitud y acierto con que desempeñó aquellos ministerios y a los generosos esfuerzos que ha consagrado al restablecimiento del orden y tranquilidad de que hoy disfruta la Patria³².

Como podemos observar, en esta expresión de confianza entregada por el Senado a Portales, la cual fue casi unánime, solo contando con el voto en contra de Manuel José Gandarillas Guzmán, encontramos el núcleo del mito portaliano tal como ha llegado hasta nuestros días. La idea que Chile se encontraba en una situación de anarquía y desorden, la cual solo pudo ser superado gracias a la sabiduría de Portales, quien habría devuelto a Chile la tranquilidad de las leyes. La ya clásica dicotomía entre el caos y el orden, entre civilización y barbarie, de acuerdo con esta perspectiva, solo podía ser superada mediante la acción de un gran hombre. Esta será justamente la temática central sobre la cual se comenzó a construir el relato portaliano tras su asesinato, ocurrido el 06 de junio de 1837, durante el alzamiento militar comúnmente conocido como el Motín de Quillota.

El principal medio a través del cual el gobierno de Prieto comenzó a instalar una emocionalidad hegemónica alrededor de la muerte del ministro fue el periódico *El Araucano*, órgano de comunicación oficial del régimen. En sus números posteriores al Motín nos encontramos con claros ejemplos de un discurso emocional, que buscaba instalar una narrativa alrededor de la figura de Portales.

Por ejemplo, se publicó la siguiente comunicación oficial al gobierno de José Joaquín Prieto, escrita por Manuel Blanco Encalada, tras la derrota de los amotinados, en la cual no solo se hace una descripción de Portales fiel a lo expresado en 1832, sino que también observamos la emocionalidad impuesta por las autoridades ante la noticia de su asesinato:

³² Valentín Letelier, *Sesiones de los cuerpos legislativos de la República de Chile 1811 a 1845, Tomo XIX* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1898), 424.

Tan completo triunfo, no ha dejado de acibarar el ánimo de mis bravos y el mío, pues hemos visto que lo que se titulaban restauradores de las leyes han asesinado cruelmente al leal y benemérito Ministro de la Guerra D. Diego Portales, baluarte de las libertades públicas y el más firme apoyo de la tranquilidad de Chile³³.

Igualmente se publicó de forma anónima la carta enviada al futuro presidente Manuel Montt por el juez José Antonio Álvarez, la cual resulta representativa del estado emocional que se buscaba imponer a la sociedad chilena:

Mi amigo: en este momento acabo de ser testigo del espectáculo más horrendo de que tal vez se tenga noticia. El hombre que había sacrificado su vida entera a la salud de la Patria, el hombre a quien más gratitud debe el chileno, ha dejado de respirar, víctima al mismo tiempo de las balas, bayonetas y floretes ensartados en su cuerpo, por los pérfidos promotores de la rebelión, que parecían saborearse en las angustias más dolorosas del hombre de Chile³⁴.

Líneas más abajo nos encontramos con una sucinta pero fascinante descripción de Portales, de quien se nos dice lo siguiente: “el amor a la patria era su pasión dominante, que ha triunfado de las facciones y ahogado la anarquía, que ha regularizado la marcha de la administración y afianzado nuestra respetabilidad”³⁵.

Otro ejemplo de cómo se impuso una reacción emocional ante la muerte de Portales la encontramos en una carta escrita por el futuro presidente Manuel Bulnes, quien expresó que “tan injusto acontecimiento, que será llorado por todos los pueblos de la República, no ha podido menos que afectar de un modo muy particular a los jefes, oficiales y tropa que compone el ejército de mi mando, hasta el extremo de presentárseme solicitando el permiso de llevar luto por la ilustre víctima como testimonio de su sentimiento”³⁶. Sentimiento que fue exteriorizado por el Senado al expresar que, con su muerte, Portales dejaba “a sus conciudadanos recuerdos eternos de dolor y de gratitud”³⁷.

En definitiva, nos encontramos con que se buscaba imponer una emocionalidad centrada en el horror frente al crimen, combinada con la noción de gratitud frente a los logros de Portales. El chileno debía de estar agradecido por la tranquilidad y orden alcanzados por el país gracias a la acción del ministro, y horrorizado por la ingratitud con la que fue recompensado. Esto fue reforzado en la primera editorial de *El Araucano* publicada tras la muerte del ministro al describir el Motín como un acto de “insensatez y perfidia” con un “funesto y melancólico desenlace”³⁸. Resulta bastante interesante la forma en que es descrita la sublevación por el columnista, siendo comparada con los crímenes cometidos por el bajo pueblo, y las impresiones generadas por ella, supuestamente, en la sociedad chilena:

³³ *El Araucano*, 09 de junio 1837, 2.

³⁴ *Ibidem*, 3.

³⁵ *Idem*.

³⁶ *El Araucano*, 23 de junio 1837, 4.

³⁷ *El Araucano*, 30 de junio 1837, 4.

³⁸ *El Araucano*, 09 de junio 1837, 3.

Un atentado de esta clase es sin ejemplo en el país. Hemos visto malvados de profesión que no han respetado la inocencia, el sexo, ni los años; más estos han salido siempre de la hez del pueblo, de entre aquellos hombres educados en la escuela del delito. Violar la amistad y la confianza, violarla en la persona de un magistrado y violarla con la negra perfidia que acabamos de ver, estaba reservado para estos monstruos. Los nobles sentimientos del pueblo chileno han padecido con este escándalo una impresión sumamente dolorosa: quien considera la atrocidad del asesinato, quien la ingratitud de los que lo perpetraron, y quien la dignidad y eminentes prendas de la víctima. Porque no hay duda, la circunstancia de haberlo sido EL SEÑOR PORTALES saca el crimen de la clase de los comunes³⁹.

Días más tarde otra editorial acentuará lo anterior, al escribir que “queremos presentar el crimen en toda su deformidad para que el público se llene de santo horror, para que no se cubra con indiferencia criminal la violación de lo más sagrado que hay en la tierra; para que tal escandalo no se repita”⁴⁰. Incluso, este periódico llegó a plantear que lo ocurrido fue uno de “aquellos grandes hechos que muy de cuando en cuando espantan al universo, para probar hasta qué punto puede llegar la perversidad del hombre”⁴¹.

Ahora, debemos observar que toda esta construcción emocional que se buscaba imponer a la sociedad chilena tenía un objetivo político claro: la supervivencia del régimen conservador tras la muerte de su caudillo. Esto fue expresado directamente por el editor de *El Araucano*, quien se preguntaba “¿Qué se nos espera si el asesinato es aplaudido, si halla simpatía en la traición? ¿Habrán seguridad cuando la opinión autoriza al amigo y al deudo más favorecido para que nos sorprenda villanamente por detrás y nos derribe de un golpe? ¿Habrán moralidad, habrá paz en Chile, si estos son los medios de reformar sus instituciones o cambiar una administración?”⁴². Resulta claro que, solo convirtiendo a Portales en un mártir del orden y las leyes, y a Vidaurre en un traidor peor que un asesino común, se podía en parte mantener la legitimidad política del régimen nacido tras la Batalla de Lircay.

La dimensión emocional que dio fuerza al proceso de la construcción del mártir fue un fenómeno histórico que ya había sido observado por Julio Pinto y Verónica Valdivia, quienes concluyeron que el Motín de Quillota fue la oportunidad que tuvieron los conservadores de purgar al Ejército, último bastión del liberalismo en el país⁴³. Esta purga necesariamente debía ser acompañada de una campaña que ganara el corazón y la mente de la sociedad en su conjunto. Y para lograrlo no era suficiente una campaña exclusiva a través de los medios de prensa, ya que estos solo alcanzaban a un pequeño sector de la población. Era imprescindible un despliegue de ritualidad y liturgia pública, reminiscente de los viejos ritos con los que se

³⁹ Idem.

⁴⁰ *El Araucano*, 23 de junio 1837, 6.

⁴¹ *El Araucano*, 30 de junio 1837, 5.

⁴² *El Araucano*, 23 de junio 1837, 6.

⁴³ Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación, 1810-1840* (Santiago: LOM, 2014), 314.

conmemoraba la muerte de los monarcas durante la colonia, caracterizadas por ese “barroco arrebatador” que codificaba conductas “estereotipadas” en medio de manifestaciones apoteósicas⁴⁴, y que habían sido actualizadas en el Chile republicano con la repatriación de los cuerpos de los hermanos Carrera, en 1828, y el funeral público del presidente José Tomás Ovalle, en 1831. El cadáver de Portales apenas se había enfriado cuando comenzaron los preparativos de su funeral. Entonces, comenzó a articularse la operación emotiva conducente a superar la discontinuidad que representaba la muerte. Había que sobreponerse a la desaparición física del hombre apelando a lo metafísico, para lo cual había que hacer ingresar al ámbito sagrado al personaje.

El funeral de Diego Portales

Estos comenzaron a ser planificados a pocas horas de ser encontrado su cadáver. El gobierno de Prieto, con el objetivo de “dar a la memoria del finado Ministro [...] un testimonio público de veneración y un tributo de gratitud en nombre de la Patria a sus eminentes servicios”⁴⁵, decretó que el cadáver sería escoltado por una compañía del batallón Valdivia, y una de cada uno de los cuerpos cívicos de Valparaíso en su traslado a Santiago, las cuales serían relevadas a dos leguas de la capital por compañías de veteranos y de los cívicos que se encontraran en la ciudad. El cuerpo sería recibido a esta misma distancia por los ministros y otras autoridades gubernamentales, y lo acompañarían hasta la Iglesia de la Compañía, en donde sería depositado hasta el día de su entierro.

Al mismo tiempo se dispuso que se tiraran cañonazos desde la fortaleza del Cerro Santa Lucía de cuarto en cuarto de hora, desde que los restos se aproximaran a Santiago hasta que se concretara su entierro, el cual se determinó que ocurriría en el presbiterio de la Catedral. Evento al cual debía asistir el presidente de la República, acompañado por las demás autoridades, empleados civiles y militares. Finalmente, el decreto ordenó que, a partir del 08 de junio, todos los empleados civiles y militares vistieran de luto por un mes⁴⁶.

El itinerario ritual será afinado mediante el decreto del 19 de junio, en el cual se estipuló que los cañonazos debían de parar al anochecer y no debían comenzar hasta la diana. Se agregó que, tras sacar al cadáver de la Iglesia de la Compañía, se haría una descarga de tres cañonazos, la cual se repetiría cuando este ingresara a la Catedral, y por último se realizaría una de quince al ser enterrado. Al momento del entierro los cuatro batallones de infantería cívica y los cuerpos de caballería de línea debían de formarse en la Plaza de la Independencia. En lo que respecta a

⁴⁴ Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Dibam) y LOM Ediciones, 2001), 140-189-356.

⁴⁵ *El Araucano*, 09 de junio 1837, 3.

⁴⁶ *Idem*.

la comitiva fúnebre que acompañaría al cuerpo a la Catedral, a la retaguardia debía marchar “la compañía de granaderos del batallón núm. 4 con armas a la funeral, arrollada la bandera, con corbata negra y enlutadas las cajas; y en la misma forma lo verificará el escuadrón de Húsares”⁴⁷. La marcha debía de estar precedida de cuatro cañones de campaña acompañados de su destacamento de artillería.

Además, la comitiva fúnebre sería resguardada por tropas de guarnición, las cuales abrirían las calles y al momento de encontrarse frente a ella debían presentar “las armas”, mientras que los “jefes, oficiales y banderas” saludarían el paso del “cadáver” en medio de la “marcha fúnebre” interpretada por los tambores y músicos⁴⁸. Finalmente, al momento de ser sepultado el ministro, los cuerpos de infantería debían de hacer una descarga, y luego de que las autoridades dejaran la Catedral, las tropas debían de retirarse a sus cuarteles “observando en la marcha la misma formalidad fúnebre”⁴⁹.

Con el objetivo de que el cadáver pudiera soportar el paso de los días hasta su traslado a Santiago, el gobernador de Valparaíso solicitó al médico francés, Emilio Cazentre, su embalsamamiento⁵⁰. Gracias a este tratamiento, que básicamente consistió en remover los órganos y sumergir el cuerpo en alcohol⁵¹, los restos de Portales pudieron esperar que los preparativos de su funeral fueran completados. Y no fue hasta casi un mes después de su asesinato, el 05 de julio, que este pudo iniciar su último viaje a la capital. Tal como había sido dispuesto en el decreto del 07 de junio, la comitiva fúnebre estaba compuesta de tropa y por una comisión compuesta por el Párroco de Valparaíso, el Gobernador y dos autoridades municipales.

En lo que respecta a la construcción emocional que el órgano oficial del gobierno intentó construir de este primer momento del funeral de Portales, destaca la idea de que Valparaíso se veía agobiado por el dolor. No solo esto, sino que expresa que “un semblante indiferente no se veía en todo el puerto en aquel día, ni se vio desde el fatal 6 de junio. El pesar había igualado a chilenos y extranjeros”⁵². Situación que, según se decía, la tropa que acompañaba a la comitiva no era ajena, ya que frente a la fuerte lluvia que caía esos días, que incluso llevó a las autoridades a ordenarles que volvieran al puerto, esta decidió quedarse prefiriendo, según el columnista de *El Araucano*, “hacer a pie un camino penoso, y a pasar a nado los crecidos esteros, a continuar descansados en sus talleres en el seno de sus familias. Hasta este punto ha llegado la exaltación

⁴⁷ *El Araucano*, 23 de junio 1837, 4.

⁴⁸ *El Araucano*, 23 de junio 1837, 5.

⁴⁹ *Idem*.

⁵⁰ *El Araucano*, 07 de julio 1837, 2.

⁵¹ Archivo Nacional de Chile, Archivos Varios, Vol. 700, fj. 175.

⁵² *El Araucano*, 21 de julio 1837, 3.

de dolor”⁵³. En la misma línea, se nos informa que en todos los pueblos por los que pasó la procesión se les recibió con entusiasmo y dolor.

El 13 de julio, o sea ocho días después de haber salido de Valparaíso, “llegaron a las cercanías de la capital los amados despojos”⁵⁴. Debido al mal estado de los caminos producto de la lluvia, no se pudo cumplir con lo decretado respecto a que el cadáver debía ser recibido a dos leguas de Santiago por las autoridades políticas, por lo que Portales fue depositado en la Iglesia de San Miguel, la que se encontraba donde hoy se ubica el Templo de la Gratitud Nacional.

Al día siguiente de la llegada de sus restos a Santiago, la conmoción había calado hondamente en la población. Se decía que toda la extensión de la calle de Las Delicias estaba ocupada por numeroso público “que ansiosamente había acudido a solemnizar esta pompa fúnebre y dar a los manes del finado un testimonio público de veneración y de amor”. También concurrían solemnemente formadas “las guardias cívicas y los cuerpos veteranos de caballería”. Se decía que los restos del ministro habían sido depositados en un simple birlocho que palidecía materialmente frente al “suntuoso y elevado carro en que venían depositadas las preciosas reliquias”. Sin embargo, lo superaba en términos simbólicos, ya que este era “el mismo birlocho que los traidores condujeron a la víctima al lugar del sacrificio”⁵⁵. Su presencia, junto con la de los “pesados grillos que arrastró la víctima y que pendían tristemente a los pies de la urna”⁵⁶, permitió que el público santiaguino formara parte de un evento que les era lejano en el espacio y en el tiempo, aunque cercano en el afecto.

A las doce del día se iniciaron las actividades del traslado del cuerpo a la Iglesia de la Compañía con la llegada del “Ministro del Interior Joaquín Tocornal acompañado de la Ilustre Municipalidad y de una porción respetable de ciudadanos que rodearon el carro y permanecieron en grave y doloroso silencio”⁵⁷.

A la una y media de la tarde puso en marcha el acompañamiento atravesando pausadamente la calle de las Delicias al son de una música patética que redoblaba en el ánimo de los concurrentes la triste impresión de aquel espectáculo. Dejaron allí los carruajes; el carro fúnebre fue entonces arrastrado por un número de militares y paisanos, que espontáneamente quitaron los tiros; y la comitiva aumentada por las comunidades religiosas, el clero secular, el seminario eclesiástico, y por innumerables ciudadanos extranjeros, entre los cuales notamos a casi todos los señores enviados y cónsules, siguió a pie hasta la Iglesia de la Compañía, donde a las tres de la tarde se depositó el cadáver [bajo la custodia de] una compañía del núm. 4 de guardias cívicas⁵⁸.

⁵³ Idem.

⁵⁴ Idem.

⁵⁵ Idem.

⁵⁶ Idem.

⁵⁷ Idem.

⁵⁸ Idem.

En este momento de la narración, observamos que el columnista de *El Araucano* introduce nuevamente el elemento emocional, al plantear que las “demostraciones” de pesar de la multitud eran “enteramente espontaneas”. La “multitud” había concurrido a “dar el último adiós al ilustre mártir del orden social”. Los sentimientos de “dolor” y el “terror” se explicaban por lo “irreparable” de la pérdida del hombre “ilustre”, aunque no abandonaban la esperanza de que Dios le entregara la “inmortalidad” que “merecía”⁵⁹.

Una vez en la Iglesia de la Compañía, el cabildo eclesiástico se apropió del cuerpo del ministro, el que permaneció dos días en ese lugar, pasando de la esfera secular a la religiosa. A partir de esa misma noche “las comunidades religiosas y el clero concurrieron a la Iglesia de la Compañía a entonar por turnos el oficio de difuntos, y al día siguiente desde las cinco de la mañana se celebraron misas solemnes por las mismas corporaciones”⁶⁰.

La ceremonia del entierro tuvo lugar el martes 17 de julio, contando con una gran participación de la elite social capitalina, asistiendo, además, “el Presidente de la República y sus Ministros, los Presidentes de ambas Cámaras legislativas con numerosas comisiones de ellas, los individuos del cuerpo diplomático, los miembros de los tribunales y las corporaciones, todos los empleados civiles y militares”⁶¹. El féretro fue trasladado a la Catedral de la mano de un ministro, un senador, un diputado, los presidentes de la Corte Suprema y la Corte de Apelaciones, el Intendente de Santiago y el Gobernador de Valparaíso, por lo que es posible plantear que fue el Estado, encarnado en sus funcionarios, quien le dio sepultura a Diego Portales⁶².

La entrada del cadáver a la Catedral fue otro momento descrito de manera muy emotiva, aspecto que se trasuntó en las expresiones físicas de los concurrentes, partiendo por la respetuosa “compostura”, el “dolor” en los rostros y los “semblantes” afligidos⁶³. Finalmente, las ceremonias al interior de la Catedral de Santiago fueron presididas por el Obispo de la ciudad, subiendo al “presbiterio una comisión compuesta de un individuo de cada una de las corporaciones a presenciar” el entierro del ministro en ese espacio central de la Catedral⁶⁴.

La génesis del régimen emocional portaliano

Una vez finalizada la narración del funeral, el columnista de *El Araucano* comienza un elogio del Ministro, en el cual vuelven a aparecer lo que con el paso de los años se configuró como el núcleo del relato portaliano. La idea de la deuda que el país contrajo con Portales, al ser él quien nos

⁵⁹ Idem.

⁶⁰ Idem.

⁶¹ Idem.

⁶² Juan Carlos Arellano G., «La invención del mito de Diego Portales: la muerte y el rito fúnebre en la tradición republicana chilena», *Atenea*, nº 503, primer semestre (2011): 161.

⁶³ *El Araucano*, 21 de julio 1837, 3.

⁶⁴ Idem.

entregó el orden político y social en un momento en que abundaban las insurrecciones en América Latina y “que el ejército se prestaba al trastorno del orden establecido”⁶⁵. De acuerdo con esto, Portales no solamente había velado por el orden político y bregado por la lealtad del ejército, sino que, también, había luchado por la “moral” de sus integrantes, pues, cuando acechó el “espíritu revolucionario”, organizó las “guardias cívicas”, al mismo tiempo que tuvo “clemencia” con quienes amenazaron el orden público⁶⁶.

Sin la construcción de una narrativa emocional, el heroísmo portaliano difícilmente habría logrado sobrevivir al paso del tiempo, por lo que se volvió esencial acompañar el discurso de construcción del orden frente a la amenaza de la anarquía con expresiones emocionales acordes. En parte, la teatralidad funeraria que estudiamos en el apartado anterior tuvo ese objetivo, pero hasta ahora solo la hemos observado en la pluma del columnista de *El Araucano*. Para intentar comprender cómo la vivió el público santiaguino, debemos observar los discursos que dieron inicio a la ceremonia fúnebre, cuando se instaló el cadáver en el birlocho que lo trasladó a la Iglesia de la Compañía.

Ambos discursos dan cuenta de una intencionalidad que orientaba un sentir en sus oyentes, combinando los dos elementos que hemos podido apreciar a lo largo de nuestro análisis: tristeza/horror y agradecimiento. Por ejemplo, vemos como el Ministro del Interior, Joaquín Tocornal, comienza su discurso enfatizando su propio sentir, o al menos lo que dijo sentir⁶⁷, respecto de la muerte de su líder y sobre la situación en la que se encontraba al tener que hacerse cargo de iniciar la ceremonia fúnebre. Señala lo “penoso” y “lamentable” que le resultaba estar frente a los “amados restos” de Portales, situación que vivía como un “cruel martirio” que agitaba su alma entre el “dolor y la indignación”⁶⁸.

Igualmente, el segundo discurso, de la mano del director de la Academia Militar coronel Luis Pereira, utiliza una retórica similar, orientando emocionalmente al público a un lugar de tristeza respecto de la muerte de Portales. Señala que la presencia de los despojos de la “ilustre víctima”, del “patriota sacrificado por la ambición y la perfidia”, llenan de “tristeza” a todos los conciudadanos, pero, al mismo tiempo, hacen surgir con fuerza y vehemencia los sentimientos de “veneración” del hombre transformado en un modelo a imitar⁶⁹.

Es importante destacar que este interés por crear un ambiente de tristeza y recogimiento frente a la muerte del Ministro no fue simplemente una herramienta retórica, pues también buscaba contrarrestar las visiones y manifestaciones de cierto alivio entre parte de la población,

⁶⁵ Idem.

⁶⁶ Idem.

⁶⁷ No podemos dejar de mencionar la sugerencia, que no compartimos, realizada por Gonzalo Serrano del Pozo, quien propone que el gobierno de Prieto podría haber tenido una participación más activa en la muerte de Portales de lo que creemos. Ver: Gonzalo Serrano del Pozo, *¿Quién mató a Diego Portales?* (Santiago: RIL Editores, 2022): 105-108.

⁶⁸ *El Araucano*, 21 de julio 1837, 2.

⁶⁹ Idem.

por la muerte de Portales. Antecedentes sobre esto los podemos encontrar en algunos escritos de José Victorino Lastarria, quien recordaba que, efectivamente, la muerte del ministro había producido una gran “consternación”, sobre todo cuando se conocieron los detalles de la forma en que había sido ultimado y martirizado. Esto había encendido la “rabia”, la “consternación” y el “recogimiento”, entre sus “partidarios” y “adversarios”. Lastarria describe los acontecimientos ocurridos la noche del día 6 de junio, cuando grupos de personas se agolpaban a las puertas del palacio presidencial buscando información sobre la suerte de Portales. Fueron informados que el ministro había sido “asesinado”, escuchándose de manera espontánea un “viva a media voz, un viva inhumano, terrible”, pero que expresaba la opinión de rechazo a la “dictadura”. El relato de Lastarria concluye señalando: “Tenemos grabada aquella escena espantosa y no la olvidaremos jamás. ¡Si la víctima hubiera podido presenciarla, habría lamentado los errores que la habían hecho perder hasta la compasión de sus gobernados...!”⁷⁰.

Claramente, esto fue rememorado por un férreo opositor a Portales y su legado, y la misma obra citada fue elaborada con el objetivo de superar el mito construido alrededor de la memoria del ministro, por lo que es posible poner en duda su veracidad. Sin embargo, su narración se vuelve más congruente cuando recordamos lo expresado por el ya citado juez Álvarez, declarado admirador de Portales, quien en una segunda carta a Manuel Montt escribió que

como hombre, se me partió el alma al ver el cadáver de Portales; derrame sobre él lagrimas muy sinceras, hubiera dado mi vida por resucitar a este hombre tan grande, que nos prestó servicios eminentes, dignos de mejor suerte; pero como chileno, bendigo la mano de la Providencia que nos libró en un solo día de traidores infames y de un ministro que amenazaba nuestras libertades⁷¹.

El que este fuera el sentir de un hombre que no solo escribió sobre su dolor frente a la muerte de Portales, sino que lo llevó a acciones concretas, como, por ejemplo, cortar “una porción de cabellos” del cadáver para guardarlos como reliquia⁷², da cuenta de lo necesario que resultaba para el gobierno orientar el sentir de la sociedad chilena a un claro espacio de tristeza y recogimiento. De esta manera se podrían cimentar las bases para un nuevo régimen emocional que le proporcionaría legitimidad al proyecto político conservador y a sus futuros gobiernos tras la desaparición de su caudillo. Incluso, es posible argumentar, como ya lo han hecho otros autores, que la muerte de Portales y el régimen emocional que se construyó alrededor de su memoria fue beneficioso para el mundo conservador, ya que les permitió relajar las políticas

⁷⁰ José Victorino Lastarria, «Don Diego Portales. Juicio Histórico», en *Miscelánea Histórica y Literaria*, José Victorino Lastarria (Valparaíso: Imprenta La Patria, 1868): 382-383.

⁷¹ José Antonio Álvarez, «Cartas sobre la muerte del Ministro Portales», *Revista Chilena de Historia y Geografía* 23, nº 27 (1917): 199.

⁷² *Ibíd.*, 195.

represivas instauradas por el ministro y, además, obtener un mártir sobre el cual sostener su relato político⁷³.

Esto lo vemos en los discursos de Tocornal y Pereira, al realizar expresiones como “que el orden chileno había triunfado en las Alturas del Barón, como triunfó en el Gólgota la Religión de Jesucristo”⁷⁴. Comparación que coloca a Portales no en una posición de mera santidad, sino que transforma su muerte en el instante genésico de una verdadera religión política. Su figura transmutada al orden de lo cristológico, y más que profeta es convertido en la piedra angular de la noción de orden y estabilidad política chilena⁷⁵. No es casual que Pereira lo llame el “fundador” de la Patria. Finalmente, debemos observar que la figura del padre es igualmente utilizada, algo relativamente nuevo para el país, ya que la noción de *padre de la patria* será recién consolidada en 1869 con la repatriación del cadáver de Bernardo O’Higgins. Encontramos imágenes como que “Valparaíso era la habitación de un padre que acaba de morir”, o que tras la noticia de su asesinato “los habitantes de la capital vagaban desconsolados como una prole huérfana”⁷⁶.

Si bien no existieron más discursos registrados durante el funeral, no debemos olvidar la oración fúnebre pronunciada por el entonces presbítero y futuro arzobispo, Rafael Valentín Valdivieso, durante las exequias celebradas en honor a Portales, el 14 de agosto de 1837. Esta ceremonia fue similar en importancia y tono al entierro celebrado el mes anterior. Contando con la participación de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, junto a una alta concurrencia de público. De acuerdo con lo informado por *El Mercurio* de Valparaíso, no habría quedado lugar vacío en la Catedral, lugar donde se encontraba un catafalco, del cual “pendía la espada y el uniforme del ilustre finado”⁷⁷, algo que claramente evocaba las ceremonias reales coloniales y en particular la ceremonia de los hermanos Carrera, realizada en 1828.

En las palabras de Valdivieso nos encontramos con las mismas imágenes y emociones que observamos en los discursos anteriores, que quedan bien resumidas en la siguiente cita:

⁷³ Serrano del Pozo, *¿Quién mató a Diego Portales?...*, 108.

⁷⁴ *El Araucano*, 21 de julio 1837, 2.

⁷⁵ En esto Portales es único en el panteón heroico chileno. A nivel latinoamericano el uso de un imaginario cristológico en la construcción de héroes nacionales lo encontramos solo en pocos casos, como por ejemplo en Brasil con Tiradentes, Francisco de Morazán en Centroamérica y en Venezuela con Simón Bolívar. Ver: José Murilo de Carvalho, *La formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997): 81-111; Catherine Lacaze, «Sacralización de la figura heroica de Francisco Morazán en América Central (1842-1942)», *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série* 46, n° 2 (2016): 40; Germán Carrera Damas, «Mitología política e ideologías alternativas: el bolivarianismo-militarismo», en *Mitos políticos en las sociedades andinas: Orígenes, invenciones, ficciones*, Germán Carrera Damas, et al. (eds.) (Caracas: Institut français d’études andines, 2006): 331.

⁷⁶ *El Araucano*, 21 de julio 1837, 2.

⁷⁷ *El Mercurio de Valparaíso*, 23 de agosto 1837, 2.

Y tú sombra venerable del ilustre mártir por las glorias de Chile: recibe en testimonio de nuestra gratitud las tiernas lagrimas con que quisiéramos aun mismo tiempo cicatrizar las heridas y lavar la mano sangrienta que las abrió. Tu nombre augusto será escrito con caracteres de oro en los fastos más honrosos de la Patria, y el corazón de sus hijos eternamente lo conservará marcado con un sello indeleble de sincero amor⁷⁸.

Conclusión

Es posible plantear que el asesinato de Diego Portales, el 06 de junio de 1837, significó el nacimiento de una narrativa heroica que alimentó el discurso político conservador hasta nuestros días, a partir de la construcción de un régimen emocional sobre el cual se sostuvo dicho relato. Por cierto, las figuras míticas y arquetípicas presentes en la historia de los estados nacionales modernos siempre han necesitado de la emoción para hacer factible y transformar en realidad plausible y verosímil la figura de aquel que es capaz de trascender lo meramente temporal. Es el fenómeno de la racionalidad política atravesada por la emocionalidad del mito, que le confiere un sentido más profundo, que pretende hacer permanente, eternizar, a la figura única, excepcional, que posee los atributos que le permiten ingresar a la memoria nacional. Frente a la muerte de Portales, los sentimientos de aflicción debían ser, políticamente, manipulados y exacerbados, con el propósito de establecer un ánimo, una predisposición de “simpatía”, alineada de manera “comunitaria”⁷⁹, que hiciera partícipe a la sociedad o el grupo de la “pasión de otro”⁸⁰. Desde esta perspectiva, la racionalidad y la emocionalidad funcionan de manera complementaria y convergente. Toda esta operación, que podríamos llamar, política-emotiva, logró instituir una narrativa que fue funcional a las necesidades estratégicas, por lo tanto, diseñadas en torno a objetivos bien calculados y pensados, del gobierno de Joaquín Prieto. Esto permitió contrarrestar cualquier expresión de alegría o alivio por la muerte de quien, para muchos, incluyendo a sus propios aliados, se estaba convirtiendo en un tirano y en fuente de discordia cívica.

Estas emociones impuestas desde el poder a la sociedad con el objetivo de sostener a un gobierno debilitado por la pérdida de su caudillo tras un levantamiento militar, y en medio de un conflicto internacional con la Confederación Peruano-Boliviana, se volvió el eje central del régimen emocional en el cual se sostuvo el orden conservador por los siguientes veinticuatro años. El duelo por la muerte del héroe se tornará agradecimiento por su martirio en favor del orden y la civilización, llevando como correlato el temor frente a la posibilidad del desorden y el caos. La idea del martirio de Portales es la reminiscencia concreta de la primera etapa de la

⁷⁸ Rafael Valentín Valdivieso, *Oración fúnebre pronunciada por el presbítero R. V. Valdivieso en las exequias que se celebraron en la Santa Iglesia Catedral por el alma del finado Señor Ministro de la Guerra Don Diego Portales el 14 de agosto de 1837* (Santiago: Imprenta de la Independencia, 1837): 21.

⁷⁹ Mario Fabregat Peredo, *El cadáver de Balmaceda. Locura, suicidio y muerte en Chile (1890-1921)* (Santiago: RIL editores, 2020), 140.

⁸⁰ Nussbaum, *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?...*, 14-15.

historia del cristianismo. El mártir era un testigo quien, precisamente, daba testimonio de fe entregando su vida por la causa trascendente. En ese sentido, la narrativa oficial de la época comenzó a construir y elaborar la figura de un hombre que se había inmolado por la patria.

Primero con su vida y obra, y luego con su sacrificio, Portales encarnó, según sus partidarios, los deseos más profundos de la sociedad, vehiculizados a través de la construcción de una determinada forma de Estado que la protegía de las fuerzas desintegradoras. El terror al abismo institucional permaneció con distintos matices durante todo el siglo XIX y en parte nutrió la expansión de un cierto miedo colectivo, a partir del cual se sostuvieron en Chile diversos proyectos autoritarios, incluso hasta nuestros días. Lo que en futuras investigaciones habría que precisar es cuánto de ese terror institucional existió y cuánto de ese terror fue insuflado artificialmente para controlar a la sociedad. Y, por el lado de la construcción mítica de Diego Portales, también existe la necesidad de continuar con aproximaciones desde la historia de las emociones, no solo mediante el análisis de las principales obras históricas y biográficas que alimentaron su memoria durante los siglos XIX y XX, sino que, también, a partir de otros hechos, como los rituales públicos, laicos e institucionales, con ocasión de la inauguración de su estatua, en 1860, o la conmemoración de los centenarios de su nacimiento y muerte.

Referencias citadas

Fuentes primarias

Archivo

Archivo Nacional, *Fondos varios*, Vol. 700.

Prensa

El Araucano, (Santiago, 1837)

El Mercurio de Valparaíso (Valparaíso, 1837)

Impresas

Álvarez, José Antonio. «Cartas sobre la muerte del Ministro Portales», *Revista Chilena de Historia y Geografía* 23, nº 27 (1917): 195-204.

Letelier, Valentín. *Sesiones de los cuerpos legislativos de la República de Chile 1811 a 1845, Tomo XIX*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1898.

Valdivieso, Rafael Valentín. *Oración fúnebre pronunciada por el presbítero R. V. Valdivieso en las exequias que se celebraron en la Santa Iglesia Catedral por el alma del finado Señor Ministro de la Guerra Don Diego Portales el 14 de agosto de 1837*. Santiago: Imprenta de la Independencia, 1837.

Bibliografía

- Albornoz, María Eugenia (Directora). *Sentimientos y Justicia. Coordenadas emotivas en la factura de experiencias judiciales. Chile, 1650-1990*. Santiago: Acto Editores, 2016.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la disfunción del nacionalismo*. México: Fondo Económico de la Cultura, 1993.
- Arellano G., Juan Carlos. «La invención del mito de Diego Portales: la muerte y el rito fúnebre en la tradición republicana chilena», *Atenea*, nº 503, primer semestre (2011): 147-163.
- Arenas Hödar, Gonzalo. *La memoria portaliana*. Santiago: Historia Chilena, 2017.
- Bjerg, María. «Una genealogía de la historia de las emociones», *Quinto Sol* 23, nº 1 (2019): 1-20
- Buttigieg, Joseph A. «The contemporary discourse on civil society: A Gramscian critique», *Boundary* 2 32, nº 1 (2005): 33-52.
- Casado, Cristina y Ricardo Colomo, «Un breve recorrido por la concepción de las emociones en la Filosofía occidental», *A Parte Rei. Revista de Filosofía* 47 (2006): 1-10.
- Casalino, Carlota. «Comunidad de culto y construcción del héroe: la rebelión de Tacna y Francisco de Cella, 1811-1911». En *La independencia peruana como representación: historiografía, conmemoración y escultura pública*, editado por Alex Loayza Pérez, 103-133. Lima: IEP, 2016.
- Elgueda Labra, Guillermo. «Crisis y refundación del estado en Chile: disputas sobre la memoria nacional en torno a la figura heroica de Diego Portales (1912-1925)». En *Simon Collier 2015*, José Araneda Riquelme, Karl August F. Michael Barría, Guillermo Elgueda Labra, Matías Hermosilla Gutiérrez, Camila Leclerc Guerra, 81-112. Santiago: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica, 2016.
- Elgueda Labra, Guillermo. «Portales. La reconfiguración de un orden La élite político-cultural chilena y la legitimación de su cultura política: Del Estado Oligárquico al Estado de Compromiso (1912-1938)». Tesis para optar al grado de magíster en historia. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 2019.
- Eustace, Nicole. «Emotions and political change». En *Doing emotions history*, editado por Susan J. Matt y Peter N. Stearn, 163-183. Urbana, Chicago y Springfield: University of Illinois Press, 2014.
- Fabregat Peredo, Mario. *El cadáver de Balmaceda. Locura, suicidio y muerte en Chile (1890-1921)*. Santiago: RIL editores, 2020.
- Germán Carrera Damas. «Mitología política e ideologías alternativas: el bolivarianismo-militarismo». En *Mitos políticos en las sociedades andinas: Orígenes, invenciones, ficciones*. Editado por Germán Carrera Damas, Carole Leal Curiel, Georges Lomné, y Frédéric Martínez, 391-404. Caracas: Institut français d'études andines, 2006).
- Goicovic, Igor y Jaqueline Vasallo. «Introducción. Relaciones de poder y violencia en América Latina». En *América Latina: violencia en la historia*, compilado por Igor Goicovic y Jaqueline Vasallo, 9-17. Valparaíso: América en Movimiento, 2018.
- González Manso, Ana Isabel. «Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos políticos», *Historiografías* 10 (2015): 12-30.

- Karmy Bolton, Rodrigo. *El fantasma portaliano. Arte de gobierno y república de los cuerpos*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera, 2022.
- Lacaze, Catherine. «Sacralización de la figura heroica de Francisco Morazán en América Central (1842-1942)», *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série* 46, n° 2 (2016): 39-56.
- Lastarria, José Victorino. «Don Diego Portales. Juicio Histórico». En *Miscelánea Histórica y Literaria*, José Victorino Lastarria, 269-384. Valparaíso: Imprenta La Patria, 1868.
- Murilo de Carvalho, José. *La formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Nussbaum, Marta. *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?*. Barcelona: Paidós, 2014.
- Ortemberg, Pablo. *Rituales del poder en Lima (1735-1828). De la monarquía a la república*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2016.
- Pinto, Julio y Verónica Valdivia. *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación, 1810-1840*. Santiago: LOM, 2014.
- Reddy, William M. «Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions», *Current Anthropology* 38, n° 3 (1997): 327-351.
- Reddy, William M. *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- Rosenwein, Barbara H. «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in Context* 1, n° 1 (2010): 1-33.
- Rosenwein, Barbara H. *Emotional communities in the Early Middle Ages*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2006.
- Salazar, Gabriel. Diego Portales. *Monopolista, sedicioso, demoledor (Juicio ciudadano a un anti-demócrata)*. Santiago: Editorial USACH, 2010.
- Sater, William Frederick. *La imagen heroica en Chile: Arturo Prat, santo secular*. Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2009.
- Serrano del Pozo, Gonzalo. *¿Quién mató a Diego Portales?*. Santiago: RIL Editores, 2022.
- Seymour, Mark. «Emotional arenas: from provincial circus to national courtroom in late nineteenth century Italy», *Rethinking History: The Journal of Theory and Practice* 16, n° 2 (2012): 177-197.
- Smith, Anthony D. *Ethno-Symbolism and nationalism. A cultural approach*. Londres: Routledge, 2009.
- Valenzuela Márquez, Jaime. *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Dibam) y LOM Ediciones, 2001.
- Villalobos, Sergio. *Portales. Una falsificación histórica* (4ta. Ed.). Santiago: Editorial Universitaria, 2005.



Todos los contenidos de la *Revista de Historia* se publican bajo una [Licencia Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/) y pueden ser usados gratuitamente, dando los créditos a los autores de la revista, como lo establece la licencia.